



Arte y libertad

Liliana Bodoc

Pensar el futuro desde el arte, diseñar un posible futuro desde el pensamiento artístico parece, en principio, excluir dos cosas: el dogmatismo y la resignación. Porque ambas cosas, dogmatismo y resignación, impiden el hecho artístico.

El arte, cualquier modo del arte, presume movimientos, quiebres, rompimientos y amalgamas... Entre la materia prima y la obra, entre el barro y la vasija, los sonidos y la música, el lenguaje y la poesía, media básicamente una instancia de libertad.

Entre un lobo y “Colmillo Blanco”, entre los girasoles del campo y “El campo de girasoles” de Van Gogh hay una traducción, un traslado de significados que presume un ejercicio de pura libertad, porque la relación que se establece entre un hombre y su creación es, fundamentalmente, una sucesión de elecciones. De allí, quizás, la idea de que una sociedad plena será aquella en que todo el trabajo sea creativo. El arte es un movimiento de libertad que queda inutilizado por el dogmatismo.

De igual manera, la resignación invalida la creación artística. La transforma en un objeto de lujo, en una alocución individualista, cuando no, en una justificación del desastre. La resignación no es compatible con el arte.

El arte es el espacio que nos permite decir, maldecir, reclamar, soñar, exigir, lejos de concesiones utilitarias, de conveniencias burocráticas, o de esa suerte de “flexibilidad ética” que, en ciertos ámbitos, hacen aparecer como indispensable. El pensamiento artístico es el que no se conforma con lo establecido “como posible”. Es el que, desconociendo la viabilidad, asume la utopía.

Es función del arte dejarnos mal parados, asustados, sucios, desvalidos, apasionados, humanizados, al fin, en la conciencia de que, mientras no seamos todos, no será nadie.